

La dama de las pelucas

Dice llamarse Paquita –así, a secas, sin nombres de pila ni apellidos. Creció en Lima, estudió en el colegio Roosevelt y se graduó de abogada en la PUCP. Una vida azarosa la trajo a Trujillo hace ya buen tiempo y ahora tiene una misión amorosa y noble: confeccionar cabelleras artificiales para mujeres que las pierden por causa de la quimioterapia.

Escribe: José Carlos Pérez

Estudiante de Ciencias de la Comunicación

Cuatro kilos de cabello, de 15 a 20 centímetros de longitud, reposan sobre la mesa. Los hay rubios, castaños, pero en su mayoría son negros. Una máquina de coser Singer, vieja pero aún en funciones, es su principal herramienta. Pelucas roídas y nuevas, maniqués sin ojos, se ubican unos tras otros en las pequeñas repisas polvorosas del local.

De cuclillas y boca abajo, escurre los restos del tinte castaño en una batea con agua. Maldice y murmura mientras intenta secar los químicos que torpemente ingresaron a sus ojos, una bolsa de plástico cubre su vestimenta completamente negra y desaparece. Botas de gamuza, una falda bordada y sin planchar y una blusa con manchas de pegamento y decolorante. Cubre su cabello con una toalla y mira al vacío esperando que el agua se vaya de su mirada.

No pasa del metro cincuenta de estatura. Es robusta y a sus 75 años la vida la ha golpeado tantas veces que es casi imposible saber cómo oculta tantos sentimientos encontrados bajo una sonrisa adornada con oro y plata. Arrugas en su frente y patas de gallo en los ojos delatan claramente su edad. Sus ojos verdes y pequeños siempre llevan lágrimas debido a las pestañas postizas que, algún tiempo atrás, fueron causa de una operación ocular. Una verruga y un corte desdichan su rostro. Y aunque muy poco le importe, lleva bien la fiesta con su físico. Raíces mal teñidas, cabello mal cortado y un fracaso de flequillo que imita la forma de un puerco espín adornan su frente.

Dos, cinco y dos, son los números que repite con frecuencia. Sombras de su pasado, alegrías muertas y una esperanza que desapareció hace mucho han hecho de ella la mujer que es hoy. Dos maridos, uno campeón de motocross y hacendado de Santo Domingo de la Capilla en Cajamarca, de quien ya no recuerda su nombre sino apenas su apellido; y el otro, con quien actualmente vive, agricultor de palta y caña en las inmediaciones de Ascope. Dieciocho tenía él y 38 ella cuando se casaron. Cinco hijos, ninguno ingrato, pero uno que, como dice ella, “pesa más que la cruz de Cristo”. Una es médico cirujano, otra ingeniero químico, de uno no recuerda ocupación alguna y la

última se dedica a un pequeño salón de belleza en Huamán.

La cruz una vez tuvo nombre, ahora solo es “el drogadicto ese”. Suena despectivo, pero es la razón por la que su cansado corazón aún sigue en pie. Dos enfermedades, cáncer uterino y actualmente herpes, van quemando sus nervios cerca a los pulmones. Los médicos le dijeron que se le pasaría en dos años. La verdad es otra.

–Quiero morirme, irme para siempre de acá pero no puedo, dice Paquita.

¿Cuál es su nombre completo?

–Paquita. Sonríe con ojos pícaros buscando otra sonrisa como respuesta.

Paquita a secas, no existe apellido, y si lo tuvo desapareció hace mucho en la casa frente a la embajada sueca de Lima, en las aulas del colegio Franklin Roosevelt y en la facultad de derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Abogada de profesión, asegura que nunca escogió su vida. La vida la escogió a ella.

El cabello siempre ha sido un compañero, más que los maridos, los hijos y las enfermedades. Los dedos desgastados, ya tiesos, van cosiendo cabello cortado de alguna inocente joven de la sierra. Cose y cose las extensiones. Le gusta, le obsesiona.

Dos bolsas, tres platos y jugo de manzana en una botella de agua San Carlos aguardan desde horas al lado de la máquina de coser. Fríos y olvidados. Hace mucho que ya no almuerza, la tristeza le quita el hambre, pero el hambre no le ha quitado la fuerza.

“Mi hija me trae la comida, pero ni la como, siempre la dejo ahí o se la regalo a alguien”, dice Paquita con desinterés, sin quitar la mirada de un mechón cano en sus manos.

Coge ágilmente las hebras de cabello, las peina y arma otros mechones. Pasa su lengua por los dedos, sujeta el hilo y lo introduce por el ojo de la aguja. Suavemente posa su pie en el pedal de la máquina y pisa. Cose lento y luego rápido. Pasan y pasan los mechones de manera recta, se detiene, amarra

y corta. Levanta la mirada, fija en la repisa donde pegamentos, peróxidos, pinceles, guantes y restos de pintura reposan intactos. Intenta tomar algo, se detiene. Ha olvidado lo que quería.

No había preguntas, pero ella tenía respuestas. Respuestas a todo aquello que nadie escucha, que a nadie importa, que a nadie se le ocurrió preguntarle. Voltea y sonriendo dice:

“Mis hijos me compraron pasajes a Brasil, pero yo: jaja. Creen que me voy a alejar de mi hijo, no puedo. Mis hermanas, toda mi familia le da la espalda, yo no puedo dejar a mi hijo, cuando me echo en otra cama de hotel lo primero que se me viene a la mente es el pobre ese. ¿Comerá? ¿Me necesitará? Ellos solo quieren que me aleje de él”.

-¿Usted vive con él?

Dios, ¡jamás! Él vive con su mujer, se drogan. No soportaría tenerlo en casa, no lo aguanto. Se desaparece todas las mañanas y siempre, punto de cinco o seis de la tarde, llega y vomita. A veces sangre, a veces amarillo. No sé qué tendrá. Las personas que paran con él son iguales. He gastado en los mejores centros de rehabilitación, pero —suspira, los ojos rojos y la boca temblorosa— eso no funciona. Cuando entras a un vicio, nunca más sales.

Voltea y sigue cosiendo, ni una sola lágrima logra volcar su corazón.

¿Tiene miedo a dejarlo solo?

Tengo miedo, mucho miedo, nadie imagina el temor que siento. Él tiene treinta y tres, tiene mujer, no es porque sea su madre, es porque lo amo. A veces me da ganas de coger mi arma y matarlo, que se acabe todo. Luego me mataría yo, estoy vieja, ya he vivido, he tenido lo que he tenido, ni más ni menos. Pero soy vieja y ya no puedo, vivo muy triste.

¿Qué se siente ser usted?

¿Ser yo? Nunca nadie me ha preguntado cómo se siente ser yo. Creo que siempre quise decirle a alguien lo que siento o cómo es que la vida me ha hecho esto, pero mi marido es muy joven, todos piensan que es mi hijo, no sabe escuchar. Él solo quiere tener intimidad. Ni mis hijos me han preguntado, pero ser yo, ser yo, es triste.

Los cabellos siguen reposando, algunos húmedos. Cose desde que dejó la corte. El divorcio con el primer esposo no solo le quitó los lujos sino las puertas. Con hijos, un esposo ingrato, tíos fallecidos y una vida por delante, la vida volvió a tomarla por las riendas de la necesidad. Miss Clairol y Max Factor. Peinados, laca, cepillo, peróxido, tintes, decolorante, guantes, capas cabello, hilo, más cabello y todo químico pasó por sus manos.

Muy pocas personas se dedican a hacer pelucas, extensiones. **¿Por qué lo hace usted?**

Lo hacía porque lo necesitaba, necesitaba el dinero. Ahora es completamente distinto, viajo mucho a Huancayo, a Puno, a Cusco para poder traer el cabello, son los únicos momentos en los que puedo relajarme, alejarme de todos, me voy pero sé que regresaré. Me gusta, pero pienso dejarlo todo porque sé que moriré pronto.

Si piensa dejarlo, ¿por qué no lo ha hecho ya?

Porque no tengo valor, me da miedo, ¿qué haría luego? No soy nada, no soy nadie, dicen que mi marido tiene una mujer por Ascope. La verdad para mí es mejor, él todavía quiere tener sexo y yo estoy mal y no le voy a permitir que me toque. Acá me escondo de él, viene a verme pero cuando lo ven cerca me avisan y me voy cuanto antes. Pero ya estoy harta.

Llega una mujer con una pañoleta de dudosa seda en la cabeza. Sin cejas, totalmente pálida, los ojos hundidos, negros, oscuros como una noche sin estrellas. Paquita le pide que la espere, su mirada se aflige, siente pena, tristeza, emoción, se identifica, empatía, dolor, mil y una emociones pasan por esos ojos pequeños y arrugados. Le pide que se siente y espere.

Ha venido desde Chimbote por esa peluca, pero aún no se seca y tengo que aumentarle más cabello todavía. Tiene cáncer, dice Paquita algo afligida.

Cada palabra que pronuncia delata su dolor, cada palabra le cuesta más que la anterior, cada palabra la mata.

¿Vienen muchas personas a llevar pelucas mientras están en quimioterapia?

Como no tiene idea, es cuando más cabello tengo que traer. En cierta manera hago feliz a esas personas, son jóvenes. Yo ya estoy vieja, ya viví, no como quise pero ya está hecho. Siento que tienen una oportunidad nueva en la vida, de hacer lo que quieren.

¿Tiene resentimiento a este oficio?

No. Si en algún momento me sacó del apuro económico, ahora me saca de otro apuro. Me saca de la idea de morir ya, de matarme. Me ha salvado de mil maneras. Pero he sido rescatada de la manera que ni Dios ni ningún hombre pudo hacerlo.

Los cabellos caen lentamente de sus manos, los recuerdos se van. Un gesto de dolor se advierte en su mirada. No es la tristeza que la embarga, es el herpes que realmente la destruye por dentro. Lo sabe, es consciente, pero prefiere una mentira más a saber que morirá cuando la vida lo decida y no cuando ella lo tenga planeado.

